

À MI MADRE.

Me *pides*, madre, que te diga en verso
las cosas de mi amor para tu vida:
es tan grande ese amor, es tan inmenso
que no cabe en la tierra su medida!

Niña—soñé contigo el paraiso;
te comparé á las flores del verano.
Jóven—te comprendí bajo el hechizo
del poder del dolor, loco y tirano.

Niña—cruzaba de la eterna vida
el aúreo espacio en dulce movimiento,
y soñaba llevarte enternecida
entre mis brazos con osado aliento.

Jóven—te ví con toca dolorosa
ocultar del destino las señales,
y caer la corona relumbrosa
que yo soñé, corona de verdades.

Desde que yo pensé, te amé, Señora,
con tanta voluntad y tanto extremo,
que de la creacion cuanto atesora,
nada á tu lado para mí era bueno.

Tú eras mas grande que la misma vida;
tú eras el sueño de mi sien ardiente;
tú, el bien perfecto de mi mente altiva;
tú, mi orgullo en el mundo, ante su gente!

Tu nombre, madre, siempre conmovida
escuché en cualquier sitio dó me hallaba:
nota del cielo en lágrimas perdida
con el óleo del alma bautizada!

Perla que ya en las joyas de mi vida
colocaba en primera calidad;
hoja de Rosa mística, elejida
entre mil otras flores del rosál.

Así te ví yo siempre en mis amores:
sufrajo que ofrecia en mi piedad
á ese Dios que nos manda los dolores
porque quiere al humano acrisolar.

Hoy, mas triste tal vez que en otro tiempo,
mí pecho siente el huracan sombrío
del porvenir, que puede en un momento
romper el dique al pensamiento mio;

Y entonces, loco y ciego, en el error
lanzarse en el espacio ya vacío,
sin medida en la santa prescripcion,
sin recuerdos que tengan tu albedrío!

Y lo creerás, ¡oh madre!—el corazon
es tan tuyo, y tan grande de esta fé,
que se levanta y pide á la razon
contra ese porvenir, su accion de Juez.

Y es así, que yo dejo de temer
al tiempo que vendrá;—por tu ternura;
por esa cifra que escribió en mi ser
la sangre tu ser y tu hermosura.

Triste y luchando con el mar del alma;
sintiendo la piedad y la arrogancia;
á veces ser feliz creo en la calma:
á veces, en el ruido y la inconstancia.

Pero yo te protesto que tu fé
me trasmuda, me manda, me sostiene:
si esto no es en la vida el gran querer,
digan qué es sentimiento, y qué le mueve.

¿Qué mas puedo decirte, madre mia,
del cariño profundo de mi alma . . . ?
Solo una cosa:—que en mi tumba un dia
yo pido á Dios, que ruegues por mi calma!

Montevideo.

MARCELINA ALMEIDA.